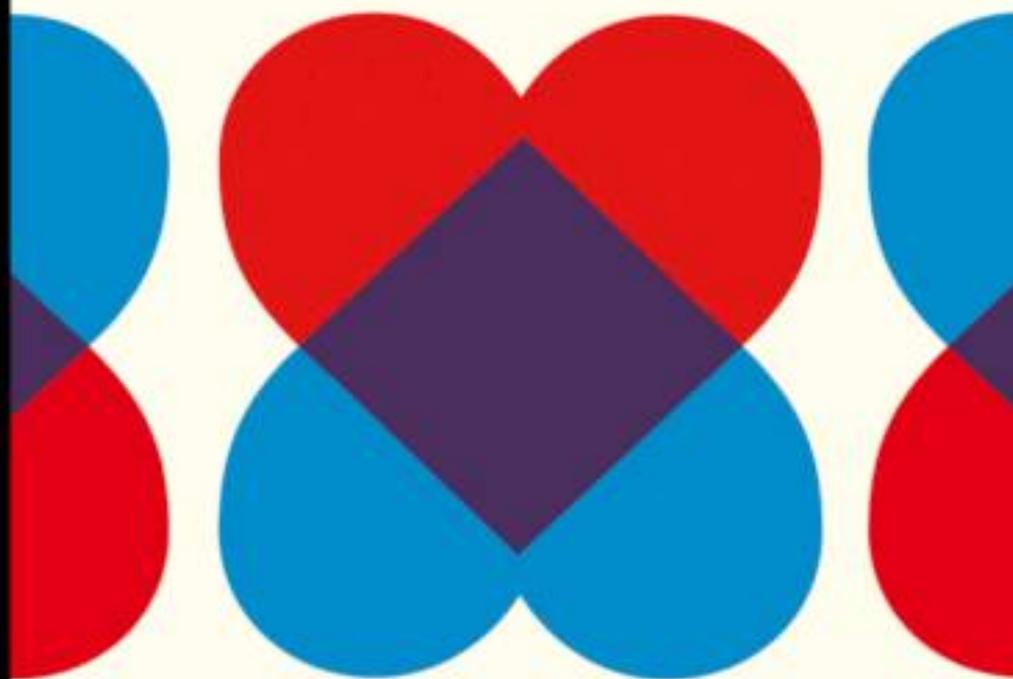


ALFAGUARA

# Catherine Lacey

## Las respuestas

Narrativa Internacional Traducción de Damià Alou



# Catherine Lacey

## Las respuestas

Traducción del inglés de Damià Alou

ALEAGUARA  


SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

Hubo al menos una mañana en la que tuve la certeza, aunque solo fuera durante unas horas, de que todo lo que me iba a ocurrir en la vida ya me había ocurrido. Me desperté en la cama tumbada en diagonal, no tenía adónde ir, ninguna necesidad inmediata que cubrir, no esperaba compañía ni debía hacer ninguna llamada. Contemplé la bolsa de té rojo sumergida en agua caliente. La taza me calentó las manos. Creía que aquello había terminado.

Cuando subí las persianas, ella estaba en mitad de la calle, con la vista clavada en mi ventana del segundo piso como si supiera exactamente dónde me encontraba, como si hubiera estado esperando ese momento. Nuestras miradas se cruzaron: Ashley.

La taza se me escurrió entre los dedos, se hizo añicos y el té me escaldó los pies.

Procuro no tener más certezas.



## Primera parte

## Uno

Me había quedado sin opciones. Así es como suelen ocurrir estas cosas, así, una persona acaba depositando sus últimas esperanzas en un desconocido esperando que, le haga lo que le haga ese desconocido, sea exactamente lo que ella necesitaba.

Durante mucho tiempo había sido alguien que necesitaba que los demás me hicieran cosas, y durante mucho tiempo nadie me había hecho lo que me convenía, pero ya me estoy adelantando. Ese es uno de mis problemas, me dicen, que siempre me adelanto, así que he intentado encontrar una manera de quedarme atrás, de tomarme las cosas con calma, como solía hacer Ed. Pero, por supuesto, no acabo de conseguir que la cosa funcione, no puedo ser exactamente lo que Ed era para mí.

Hay cosas que solo los demás pueden hacerte.

La Cinestesia Adaptativa del Pneuma, CAPing —lo que Ed le hace a la gente— exige que una persona sepa y otra persona (yo, en este caso) permanezca echada, sin-saber. De hecho, sigo sin saber qué es en realidad la Cinestesia Adaptativa del Pneuma, solo que me hizo sentir bien (o eso pareció) otra vez. Durante nuestras sesiones, las manos de Ed a veces revoloteaban por encima de mi cuerpo, mientras él salmodiaba, tarareaba o se mantenía en silencio al tiempo que supuestamente movía o reordenaba o curaba partes invisibles de mí. Me ponía piedras y cristales en la cara, las piernas, a veces apretaba o retorció alguna parte de mi cuerpo de una manera dolorosamente agradable, y aunque yo no comprendía cómo todo eso podía eliminar las diferentes enfermedades de mi cuerpo, no podía negar que me aliviaba.

Pasé un año sufriendo enfermedades indagnosticables en casi todas las partes de mi cuerpo, pero después de *una sola* sesión con Ed, después de noventa minutos en los que apenas me tocó, casi conseguí olvidarme de que tenía cuerpo. Era todo un lujo no verse abrumada por esa sensación de declive.

Fue Chandra quien me sugirió el CAPing. Lo llamaba *feng shui para el cuerpo energético, guerra de guerrillas contra las vibraciones negativas*, y aunque yo a veces me mostraba escéptica cuando Chandra hablaba de *vibraciones*, en esa ocasión tuve que creerla. Llevaba tanto tiempo enferma que casi había perdido la fe en que alguna vez volvería a estar bien, y me asustaba pensar qué acabaría reemplazando esa fe cuando desapareciera por completo.

*Técnicamente*, explicó Chandra, *el CAPing es una forma de ejercicio corporal neuro-fisio-chi, una técnica relativamente desconocida en la periferia de la vanguardia o en la periferia de la periferia, según a quién preguntes.*

El problema era, como siempre, invisible. El problema era el dinero.

Necesitaba un mínimo de treinta y cinco sesiones de CAPing, a doscientos veinticinco dólares cada una, lo que significaba que un tratamiento completo me costaría lo mismo que medio año de alquiler en ese piso de una sola habitación, mal iluminado y de forma irregular, en el que habitaba desde hacía muchos años (no porque fuera el más apropiado para mí —lo detestaba—, sino porque todo el mundo decía que era una ganga, demasiado bueno para dejarlo). Y aunque en la agencia de viajes donde trabajaba me pagaban un sueldo decente, cada mes los mínimos mensuales de las tarjetas de crédito, los pagos del préstamo estudiantil y la avalancha de facturas médicas del año anterior reducían mi cuenta bancaria a centavos o a números rojos, mientras que parecía que mis deudas siempre iban en aumento.

Una funesta mañana, muerta de hambre y sin efectivo, agoté lo que me quedaba en la despensa para desayunar (unas anchoas no demasiado caducadas mezcladas con una

diminuta lata de pasta de tomate), y a menudo había harek-rishnizado para cenar: dejaba los zapatos y la dignidad en la puerta para adorar a Krishna (el dios, por lo que podía ver, del menú vegetariano calidad cafetería y los cánticos obsesivos). A la cuarta o quinta Fiesta del Amor a la que asistí, mientras el tilaka blanco me chorreaba por la frente y la pasta serpenteaba por el plato de metal como si tuviera vida propia, comprendí que el infinito amor de Krishna nunca sería suficiente para mí, por hambrienta, arruinada o confusa que estuviera. Fue unos días después de que contestar a ese anuncio que ofrecía una *experiencia generadora de ingresos*, clavado en el tablón de una tienda de comida sana, pareciera mi única alternativa real; quizá renunciar a los restos de mi vida era la mejor manera de recuperar una vida de verdad.

Llevaba un año sin tener vida, solo síntomas. Vulgares al principio —persistentes jaquecas, dolor de espalda, el estómago siempre revuelto—, pero a lo largo de los meses se fueron volviendo cada vez más extraños. La boca siempre seca y la lengua entumecida. Una erupción por todo el cuerpo. Constantemente se me dormían las piernas, ya estuviera en la oficina, en el cuarto de baño o en la parada del autobús mientras el M5 iba y venía, iba y venía. En algún momento me partí una costilla mientras dormía. Comenzaron a salirme unos extraños bultos en la piel que se iban solos, como cabezas de tortuga que asomaran y volvieran a sumergirse en un estanque. Solo podía dormir tres o cuatro horas cada noche, así que intentaba echarme una siesta durante la pausa para el almuerzo, con la frente contra el escritorio, los días que no tenía cita con el médico. Evitaba los espejos y el contacto visual. Dejé de hacer planes con más de una semana de antelación.

Me hicieron análisis de sangre y más análisis, TAC y biopsias. Había siete especialistas, tres ginecólogos, cinco médicos de cabecera, un psiquiatra y un quiropráctico con la mano un poco larga. Chandra me llevó a un célebre acupuntor, a un cirujano espiritual y a un tipo que vendía unos polvos apestosos en la trastienda de una pescadería en

Chinatown. Hubo chequeos, seguimientos, vómitos y demás.

*No es más que estrés*, dijo uno de los médicos, pero tampoco podían descartar el cáncer o alguna rara enfermedad autoinmune o un ataque psíquico o pura neurosis, todo estaba en mi cabeza. *No se preocupe demasiado, procure no pensar en ello*.

Un médico dijo: *Así es como funciona su cuerpo*, suspiró, y me dio una palmadita en el hombro, como si todos supiéramos el chiste.

Pero yo no quería pillarle la gracia. Quería una explicación. Me quedaba delante de los escaparates de quirománticos y videntes con ganas de entrar. Dejé que Chandra me leyera el tarot varias veces, pero las noticias siempre eran malas: espadas y dagas, demonios y la muerte. Soy *nueva en esto*, me dijo, aunque yo sabía que no era verdad. Apreté mis espasmódicas piernas contra el pecho, la barbilla contra las rodillas y me sentí como una niña, disminuida por todo lo que no sabía.

Unas cuantas veces estuve a punto de rezar, pero me había topado ya con tantos silencios que no quería dar pie a otro.

Podía racionalizar que se trataba de algo en los genes o una consecuencia de malas elecciones, pero también podía ser un contundente golpe de mala suerte —una bofetada kármica o absurda—, algo que tenía merecido. Mis padres habrían dicho que eso formaba parte del *plan de Dios*, pero para ellos, claro, todo formaba parte de ese plan. Cómo alguien elige explicar la catástrofe no es importante..., eso lo sé ahora. Cuando la mierda te cae encima, tanto da de qué agujero salga.

## Dos

Durante cinco años, tuve una vida.

Mi infancia no fue mi vida; puede que fuera la vida de Merle, pero no la mía. Y la época en que viví con la tía Clara realmente no fue vida, sino más bien una rehabilitación. Y la universidad tampoco fue vida, solo un periodo gestacional, cuatro años de advertencias y preparación para esa vida que venía, esa cosa futura.

Mi vida comenzó en un avión, en el momento en que despegamos. Despegamos y me eché a llorar contra el hombro de Chandra tan en silencio como pude, y cuando se acercó la azafata, Chandra le pidió una taza de agua caliente, introdujo su propia bolsita de té, la mantuvo estable en medio de la turbulencia hasta que alcanzó la temperatura adecuada para beber y me la entregó. Chandra sabía mucho, conocía la mejor manera de hacer las cosas. Desplegó su enorme bufanda, nos envolvió y me quedé dormida contra su hombro. Nos despertamos al aterrizar en Londres, tras haber dormido cogidas de la mano, y minutos después me guio por Heathrow, un lugar que ella ya conocía. No es que conmigo se sintiera como una madre, pero, de algún modo, yo todavía era su hija.

Debía de ser su viaje número cien, aunque el primero para mí, un regalo de graduación de sus padres, Vivian y Oliver. Viv y Olly, los llamaba ella. Durante mi época universitaria pasaba casi todas mis vacaciones y algún fin de semana en su casa de Montauk, pues no tenía ningún otro lugar adonde ir. La casa estaba llena de cosas caras que en realidad no les importaban —antigüedades desportilladas, artículos olvidados, pilas de cedés rayados—, y no era raro encontrar billetes de veinte dólares entre los cojines del so-

fá o desperdigados por la cocina, entre caramelos de países extranjeros. Durante la cena su familia hablaba en voz bien alta y con la boca llena, y Chandra, siempre con afecto, discutía con sus padres sobre libros y arte. Todo el mundo hacía y se reía de chistes que yo no entendía, aunque al final aprendí a reírme igualmente. Todos bebíamos vino, aun cuando yo tenía diecinueve años y una cucharada me bastaba para ponerme alegre y dormirme.

Fue ese billete válido para dos meses y para todo el mundo, regalo de Viv y Olly, lo que inició mis años de viajes compulsivos. Vi los pájaros de las Galápagos, los cerezos en flor de Japón, las pirámides y las catacumbas de Egipto, las pagodas de las serpientes de Birmania, y ese inquietante lago neón turquesa de Nueva Zelanda. Me encantaba partir, aunque fuera en vuelos a las cinco de la mañana, viajando en silenciosos vagones de metros que atravesaban desoladas mañanas desiertas color púrpura, los aeropuertos llenos de gente adormilada poco antes del amanecer. Leí en alguna parte que lo primero que aprendes cuando viajas es que no existes: no quería parar de no existir.

En casa las deudas no hacían más que crecer. Llamaban desconocidos a todas horas y con el odio en la voz me hablaban de lo que les debía. Recibía severas cartas con números grandes y en negrita, cada uno más elevado que el anterior. Llegaban otros sobres con nuevas tarjetas de crédito, nuevas salidas, nuevos viajes. Dejé de preguntarme adónde podría ir después, sino qué ocurriría si nunca regresaba. Pero siempre regresaba. Y cada vez que el avión tocaba la pista de aterrizaje tenía la espantosa sensación de que el viaje del que acababa de volver nunca había ocurrido, que había gastado cientos de dólares en un recuerdo que apenas podía evocar.

El dolor de espalda fue lo primero, y pareció bastante inofensivo (¿acaso no lo sufre todo el mundo?), aunque en

esa época solo tenía veinticinco o veintiséis años. Le eché la culpa a las camas llenas de bultos de los albergues y seguí haciendo viajes que no me podía permitir, aunque de un modo menos aventurero después de haber sufrido una racha de espasmos musculares tan fuertes que me dejaron tirada en una senda del parque de Abel Tasman durante una hora, hasta que un grupo de senderistas japoneses me recogió.

Unos meses más tarde, mientras combatía la primera plaga de parásitos estomacales, comenzaron las jaquecas, y con estas los dolores por todo el cuerpo, palpitantes y enormes, unos dolores que parecían estirarme por dentro. Estaba preñada de ese dolor, un parto que no acababa nunca, solo remitía. Tuve que dejar de viajar, y dedicaba todo mi tiempo y mi dinero a intentar sentirme viva de nuevo: me derivaban a un especialista, concertaba citas, los resultados no eran concluyentes, más especialistas, más facturas. Recibía severas llamadas de recepcionistas que antes habían parecido muy simpáticas: ¿cuándo pagaría?, ¿cómo? ¿Estaba al tanto de que el hecho de no pagar a tiempo acarrearía una multa? Y más llamadas aún de cobradores de morosos, tres o cuatro. Me preguntaban si sabía cuánto les debía o me lo decían; más, a menudo mucho más, de lo que pensaba. Me decían que, contrariamente a lo que algunos creían, podías ir a la cárcel por deudas. Yo contestaba que lo encontraba sorprendente, y me decían que no me sorprendiera tanto. *Es un robo, una forma de robo*, me dijo uno de ellos, a lo que no respondí. ¿Acaso no me preocupaba mi calificación crediticia?, añadían. ¿No hacía planes para el futuro, comprarme una casa, jubilarme, mantener a mi familia? A lo que yo contestaba, cortante y en un tono nada amable: *No, no pienso en eso, nunca he pensado en ello.*

*Bueno, pues quizá debería*, me dijo aquel tipo.

A veces me preguntaba por qué me molestaba en contestar el teléfono, pero supongo que siempre albergaba la esperanza de que fuera otra persona, alguien que se dedicara a otra cosa. Uno de los cobradores hablaba tan deprimido

sa que mientras lo escuchaba parecía que me emanara calor de la nuca, a través del pelo, y otro me habló tan despacio y con una voz tan suave que tuve la impresión de hundirme o ahogarme, de que el aire se había vuelto más denso y me arrastraría hacia abajo si seguía respirando.

Parecía posible —aunque sé que es absurdo— que el uso de mi propio cuerpo, lo único que de verdad era mío, hubiera pasado a manos de mis acreedores.

Durante un tiempo, puede que la constante atención de Chandra fuera todo lo que se interponía entre mí misma y la pérdida total de mi mente o mi vida, y al evocar ese año —cuando casi todas las noches me despertaba siendo apenas capaz de respirar y me quedaba echada durante horas, con la boca abierta como una gárgola—, bueno, no quiero pensar en cómo habría acabado de no ser por ella, que impidió que me abandonara del todo. (No me refiero a matarme —nunca he tenido valor para ello—, sino que a veces el dolor era tan insondable y enorme que me preguntaba si sería posible matarme sin querer.)

Cuando Chandra me sugirió el CAPing para todos los dolores, y cuando para pagar el CAPing necesitaba un segundo empleo, me sentí desesperada, dispuesta a todo para aliviarme, por caro y ridículo que pareciera. Chandra se había vuelto una experta en el malestar y el bienestar, en recorrer la distancia entre esos dos lugares. Dos años antes, mientras estaba en la calle, en una esquina, un autobús urbano le había dado un violento golpe, y desde entonces ha estado viviendo en comunidad, dedicando todo su tiempo a curarse, del todo y de todo: de la pierna rota, la torcedura de muñeca, el impacto en la cara, el miedo a las aceras —unido a los que ya arrastraba—, la ansiedad, la dependencia de la cafeína, la alergia al polen, la cándida crónica autodiagnosticada, la desilusión, la intuición frustrada, la dificultad para comprometerse, la desconfianza, y todos los traumas y hábitos que todo ello había creado. Chandra tenía un herborista, un maestro de Reiki, su terapeuta de Roling, un logopeda, un terapeuta del movimiento, un terapeuta artístico y un terapeuta a secas.

Durante una época los retiros y las peregrinaciones la tuvieron mucho tiempo fuera de la ciudad, pero siempre me enviaba una postal. Yo las guardaba en el bolso y me quedaba contemplando las imágenes de océanos y templos con la esperanza de obtener cierta calma residual mientras permanecía sentada en otra sala de espera, apretando con la mano la parte del cuerpo que en ese momento me estaba matando. Primero fue una entusiasta de la ayahuasca, luego de las cámaras de privación sensorial o el MDMA, el pasto de trigo, la alcalinización corporal o cierto gurú. Decía que cada día eliminaba una capa de algo entre ella y su yo. Decía que se sentía realizada por primera vez en su vida, y aunque yo la envidiaba, la parte más cínica de mí no podía evitar preguntarse: *¿Realizada, en qué?*

Cuando andaba por la ciudad, cada semana se presentaba con un arsenal de curas: hierbas, polvos, aceites, tinturas amargas tan fuertes que tenía que tomarlas gota a gota. Quemaba salvia, salmodiaba, meditaba, y a veces —aunque eso siempre me avergonzaba— hacía sonar un pequeño gong o tocaba su flauta de madera. Yo nunca sabía hacia dónde mirar ni si reprimir o liberar las ganas de reír —incluso mi vergüenza me avergonzaba—, ¿y por qué no podía ponerme a salmodiar con ella, sentirme en paz con su estúpida flauta o ese pequeño gong? Tenía suerte de que ella siempre estuviera ahí, de saber que existía al menos una persona que quería ayudarme no porque fuera su trabajo, sino porque simplemente quería verme curada.

El día que volvió de Bali se presentó en mi puerta sin avisar, sana y bronceada, vestida de lino blanco.

*Adivino que sufres*, me dijo.

En boca de cualquier otro me habría molestado escuchar una afirmación que debería ser una pregunta, pero conmigo siempre acertaba. Recorrió mi apartamento con una calma seductora, casi sobrenatural, como si ya no le interesara otra cosa que la lenta purificación de su cuerpo, de otros cuerpos, de todo el mundo. Colocó pañuelos sobre mi horno tostador, mi despertador y el teléfono, susurró mantras hacia cada punto cardinal, desplegó una tela circular

sobre el parqué agrietado de mi sala y acto seguido se colocó en una elegante postura de meditación. Intenté imitarla, pero tenía las rodillas demasiado rígidas, y como también me temblaba el pie, me costaba mantenerme inmóvil, con lo que renuncié y me tumbé en el suelo abriendo brazos y piernas.

Para poder pagar el alquiler había vendido casi todos mis muebles poniendo un puesto de venta en la puerta de casa, por lo que tumbarme en el suelo sin nada especial que hacer era una costumbre con la que estaba bastante familiarizada. Cuando ella estaba en casa, lo llamaba meditación, pero siempre me quedaba medio dormida, con el cuerpo agotado de por sí. Aquella vez, cuando me desperté, Chandra se hallaba de pie delante de mí. Cuando nuestras miradas se encontraron, vi que su cara cambiaba un poco, de un modo que no sabría explicar exactamente, pero que pude sentir. Nuestros doce años de amistad implicaban que no nos costaba permanecer en un plácido silencio, aunque no era solo el paso del tiempo lo que había creado esa intimidad. De alguna manera, esa misteriosa intimidad había surgido enseguida, tan innata como un órgano corporal. En aquel momento, echada en el suelo, el auténtico peso de nuestro amor se volvió palpable, me quitó las ganas de llorar. Ella era todo lo que tenía.

*¿Sigues tomando esos aceites de pescado medicinales?*

Asentí. Ella se acuclilló y me secó las lágrimas, me alisó el pelo.

*¿Y los polvos de cáñamo y geranio?*

*En gachas, como me dijiste.*

*Bueno, vamos a ver si conseguimos que aumentes de peso.* Apartó la mirada de ese jirón en que me había convertido. Hacía mucho que había perdido el apetito, y con él todas las partes blandas de mi cuerpo.

Al principio todos mis compañeros de trabajo supusieron que había empezado a hacer yoga y me felicitaron por ello. Decían que tenía buen aspecto, que estaba en forma, me pedían consejos para motivarse, recetas saludables. Pero pronto comenzaron a decirme que no debía perder más